

Conocimiento como motor de transformación

¿De qué sirve saber, si no se comprende, no se aplica y no se transforma nada con ello?

Esta pregunta invita a mirar el conocimiento desde una perspectiva más profunda, más humana y más vinculada a la práctica pedagógica. En el contexto de la innovación educativa, ya no se concibe el saber como un contenido que se acumula, sino como una herramienta viva que permite generar cambio, comprensión y sentido (Garrido, García, Martín, & Marcos, 2021).

En una sociedad en constante transformación, el conocimiento ya no puede limitarse a la memorización de datos ni a la repetición de fórmulas. Hoy, se espera que el aprendizaje sea significativo, reflexivo, situado y comprometido. En este escenario, el rol del educador infantil cobra una especial relevancia: se trata de acompañar el desarrollo de seres humanos integrales, capaces de pensar, sentir, decidir y transformar su entorno desde los primeros años de vida.

Durante décadas, ha predominado una visión bancaria del conocimiento: el docente “entrega” saberes al estudiante, como si estos fueran objetos que se depositan. Sin embargo, desde enfoques pedagógicos innovadores, el conocimiento se construye en interacción con otros, a través del diálogo, la experiencia, el juego y la reflexión.

En educación infantil, esta idea se hace evidente. Cada vez que un niño explora con sus sentidos, juega con objetos, se hace preguntas o establece relaciones, está construyendo conocimiento. No aprende porque alguien se lo dice, sino porque lo vive. En este proceso, el educador se convierte en mediador, no en transmisor. Su tarea consiste en diseñar ambientes ricos en estímulos, formular preguntas desafiantes, y observar con sensibilidad para guiar sin imponer.

El conocimiento no solo transforma a quien aprende, sino también a quien enseña. Un educador infantil comprometido con la innovación es aquel que se forma de manera constante, que cuestiona sus prácticas, que investiga, que se adapta y se reinventa. En otras palabras, enseña con el ejemplo: enseñando a aprender, él mismo sigue aprendiendo.

Este enfoque de aprendizaje continuo permite desarrollar una práctica más reflexiva y consciente. Por eso, el conocimiento del educador no se reduce a teorías o técnicas; abarca también el saber estar, el saber escuchar, el saber cuidar, y el saber vincularse de forma ética con la infancia.

Según Fiorucci, Roig y Crescenza (2024), una de las claves de la innovación es la contextualización del conocimiento. Enseñar sin tener en cuenta la realidad cultural, familiar y territorial de los estudiantes puede volver el aprendizaje vacío o desconectado. En cambio, cuando se parte del contexto del niño, todo cobra sentido: los contenidos se transforman en experiencias significativas.

Por ejemplo, si se desea enseñar las estaciones del año, pero en la comunidad solo se viven dos épocas climáticas, ¿qué sentido tiene hablar de las otras sin conectar con lo que el niño conoce? Innovar es, precisamente, adaptar y resignificar. Se enseña desde lo propio para comprender lo global. Esto favorece el respeto por la diversidad, la inclusión y el aprendizaje profundo.

Uno de los mayores aportes del conocimiento es su capacidad para generar acción. Aprender no solo es saber más, es actuar de otra manera. En la educación infantil, el conocimiento se pone

en juego cuando el niño logra expresar lo que siente, resolver un conflicto, cuidar una planta o contar una historia. Y también cuando el docente toma decisiones más coherentes, fundamentadas y sensibles a las necesidades del grupo.

Por eso, se insiste en que innovar es enseñar para la comprensión, la creación y la transformación. Se deja atrás la educación que prepara para responder exámenes, y se avanza hacia una educación que prepara para la vida.

Toda innovación educativa debería partir de esta pregunta esencial: *¿Qué tipo de ser humano se busca formar?*

Si se pretende formar personas críticas, solidarias, creativas y autónomas, el conocimiento que se promueve debe reflejar esos valores. No basta con enseñar contenidos: es necesario enseñar a pensar, a sentir, a convivir y a actuar con conciencia.

En este marco, el conocimiento no es un fin, sino un medio. Un medio para formar sujetos capaces de transformar su mundo desde la infancia, con sensibilidad, ética y compromiso.

Reflexionemos

¿Qué sentido tiene el conocimiento en su formación como futuro/a educador/a infantil?

¿Se concibe el saber como algo que se “cumple” o como algo que puede transformar vidas, incluyendo la suya?

Se invita a continuar este camino de formación con curiosidad, disposición crítica y compromiso. Porque enseñar también es una forma de aprender. Y todo conocimiento que se vive con sentido, tiene el poder de encender una transformación.